

RESUMEN DE PRENSA

LA INFORMACION ECONOMICA DE LA PRENSA INTERNACIONAL

<u>INDICE</u>	<u>Pág.</u>
Las nuevas formas de trabajo: problemas y soluciones	2
Iberoamérica: fracasos económicos insólitos	6
La liberalización de las actividades bancarias en la CEE ...	10
Un manifiesto germano: "el milagro europeo"	14
El informe del BIP	17
Compromiso en Madrid	23
La cumbre de Madrid	26
Un economista de la oferta en Moscú	29
El Banco Internacional de Pagos	36
Viaje hacia lo desconocido	41
El medio ambiente en el PNB	44
Europa a pesar de Thatcher	47
Francia: las grandes empresas son pequeñas	49
¿No bastaría el Sistema Monetario Europeo?	51

Las nuevas formas de trabajo: problemas y soluciones

("The Economist", 10-6-1989)

El elevado desempleo ha persistido en Europa durante una década, e incluso los más optimistas dudan que se produzca una reducción substancial del mismo en los próximos e inmediatos años. Es más: si bien se han generado no pocos puestos de trabajo nuevos durante la presente fase expansiva, lo cierto es que se trata sobre todo de empleos a tiempo parcial, o temporales. Medido correctamente, pues, el paro ha aumentado más de lo que las cifras oficiales indican.

En un nuevo estudio (1), Guy Standing, de la Organización Internacional del Trabajo, intenta tener en cuenta no sólo a los parados oficiales sino también a los que trabajan sólo una parte de la jornada y, en general, a los que no disponen de una ocupación plena. Con esto calcula la tasa de desocupación equivalente de los parados totales -que él llama "labor-slack rate"- con el fin de medir cuánta es la mano de obra ociosa. Esta tasa era superior en la mayor parte de Europa, en 1987, a lo que había sido en 1983, aunque las cifras oficiales de paro permanecieron prácticamente iguales a lo largo de dicho período.

Para los años 90, Standing prevé que los trabajadores con empleos permanentes y de jornada completa serán minoritarios. Para la gran mayoría se utilizarán otras formas de empleo, inevitablemente más precarias, aunque más flexibles. ¿Como deberían reaccionar ante esto las políticas de empleo de los gobiernos? Muchos políticos de izquierda esperan que en un futuro lejano se vuelva al "empleo pleno". En la derecha, muchos ven la respuesta en una actuación de estilo norteamericano, consistente en obligar a la gente a aceptar cualquier empleo, por manual o modesto que sea, so pena de

(1) "European Unemployment, Insecurity and flexibility: a Social Dividend Solution". OIT, Ginebra.

perder el derecho a las prestaciones de la seguridad social. Pero si las previsiones de Standing son correctas, el pleno empleo, en el sentido tradicional de la palabra, no volverá jamás, cosa que, por cierto, no se debe lamentar. El reto, por consiguiente, no es conseguir su regreso, sino encontrar una nueva formulación del Estado asistencial ("to recast welfare") y de las otras disposiciones que han de configurar el nuevo mundo del trabajo.

Las sociedades europeas hace ya tiempo que asumieron el compromiso de proporcionar a sus ciudadanos las ayudas básicas indispensables. Pero las asistencias estuvieron condicionadas a contribuciones generadas por el trabajo mismo. Así, el elevado desempleo y la extensión del empleo flexible han supuesto la aparición de dificultades para la financiación del sistema, que han llevado bien a la reducción de las prestaciones bien a unas mayores exigencias en la selección de los beneficiados. De esta forma, los diferentes sistemas han ido dejando de ser útiles para los verdaderamente necesitados.

Los que disponen de empleos flexibles no están frecuentemente en condiciones de constituir las bases contributivas adecuadas. Los trabajadores nuevos están asimismo menos protegidos por las prestaciones proporcionadas por las empresas. (Por ejemplo, la mitad de la mano de obra británica no tiene derecho a compensación alguna por despidos arbitrarios ("unfair dismissal"), a pagas extraordinarias ("redundancy pay") o a permisos o indemnizaciones por maternidad. Si los mercados del nuevo trabajo flexible no pueden proporcionar los ingresos con que financiar la seguridad social, la respuesta puede ser la interrupción de los lazos entre trabajo y prestaciones ("benefits").

Esto es lo que dice Standing. Los sistemas actuales no sólo dejan a mucha gente desprotegida -dice- sino que son ineficaces. Penalizan el trabajo flexible. Muchos parados no pueden aceptar un trabajo de media jornada sin una reducción de sus ingresos. Trabajadores jubilados pueden perder una parte o toda su pensión. La "trampa de la pobreza" (poverty trap),

según la cual los crecientes impuestos y la reducción de las prestaciones se juntan para proporcionar tasas "impositivas" marginales ("to yield marginal"tax"rates") del 100% o más, desaniman a los peor pagados, que pierden todo incentivo para trabajar más o para aprender nuevas técnicas.

Aquí procede introducir una vieja idea con una forma nueva: el dividendo social ("social dividend"), que es como una especie de renta mínima garantizada como derecho de ciudadanía. Sería pagada a todo el mundo sin consideración de edad (un tipo menor se aplicaría a los menores de 16 años), sexo, estado civil o tipo de empleo, pasado o presente. A los perceptores de rentas se les daría en forma de crédito fiscal ("tax credit"); los no perceptores de rentas o los perceptores de rentas bajas lo recibirían en metálico. Todas las rentas situadas por encima de un mínimo garantizado resultarían gravadas. Las otras contribuciones de la seguridad social serían suprimidas.

Standing señala varias ventajas del dividendo social para el mercado de trabajo. Reduciría la "trampa de la pobreza". Facilitaría la aceptación de ocupaciones de media jornada o temporales, y resultaría más fácil combinar estas formas de empleo con el trabajo no remunerado como puede ser el realizado al servicio de la comunidad. Estimularía el retiro flexible y la interrupción de las carreras profesionales con fines formativos u otros. Fomentaría el trabajo propio e independiente. Y reduciría la resistencia a las innovaciones.

Por supuesto, habría también desventajas. Tres son los cargos que se hacen contra el dividendo social: su coste, su universalismo ruinoso y lo que supone de premio para la falta de laboriosidad ("encouragement for the work shy"). A propósito del coste, Standing señala que algunos países europeos gastan ya una tercera parte de su PIB en seguridad social y bonificaciones fiscales (las cuales benefician principalmente a los contribuyentes más ricos). Un dividendo social adecuado podría substituir a ese complejo aparato con un coste fiscal

pequeño o nulo. Haciéndolo así (que tomen nota los liberales) se reduciría grandemente el poder discrecional del Estado en la economía.

Sobre la acusación de despilfarro universalizado -se trataría de "robar a Pedro para pagar a Pedro"- Standing dice que los mercados de trabajo flexible aumentarían mucho el riesgo de perder el empleo en casos de crisis y, por consiguiente, se necesitarían más unas garantías mínimas de renta que el actual sistema no puede proporcionar.

A propósito de los desincentivos para el trabajo, Standing sostiene que serán en realidad un problema menor bajo el esquema del dividendo social puesto que el trabajo parcial y otras formas de trabajo flexible resultarán financieramente más atractivos. La gente, en efecto, tiene interés en elevar su nivel de vida muy por encima del mínimo indispensable que resultaría cubierto por la renta garantizada. En cualquier caso, una sociedad civilizada no debería coaccionar a la gente.

Finalmente, un dividendo social supondría normalmente unos mayores tipos marginales impositivos para las rentas situadas encima del mínimo, incluso en el caso de que los tipos medios permanecieran invariables. Los defensores del mismo señalan con acierto que para los perceptores de las rentas más bajas los tipos marginales se verían muy reducidos.

Los políticos se asustarán probablemente ante las dificultades de una reforma de tal magnitud y en una área tan sensible. Ahora bien, si la idea es acertada, no hay razón para no andar los primeros pasos hacia la buena dirección.

Iberoamérica: fracasos económicos insólitos

("The Economist")

17.06.89

Si bien muchos de los males económicos de Iberoamérica pueden atribuirse a los tipos de interés mundiales o a los bajos precios de las primera materias, son los gobiernos los principales responsables de que las cosas no vayan bien. El año pasado, los cuatro países del mundo que alcanzaron una inflación de tres dígitos fueron países iberoamericanos. Una conclusión provisional de todo ello podría ser que los economistas y los políticos de la zona son menos competentes que, v.g., los del Extremo Oriente. Sin embargo, un reciente estudio(1) de Jeffrey Sachs, de la Universidad de Harvard, ofrece una explicación alternativa. A su juicio, el éxito económico en Iberoamérica se ve obstaculizado por los problemas sociales derivados de las enormes diferencias de renta, que hacen que la política económica se convierta en el campo de batalla de intereses en pugna.

La distribución de la renta en Iberoamérica es más desigual que en la mayor parte del mundo, y en especial que en el Este asiático. En Brasil, por ejemplo, donde la quinta parte más pobre de la población dispone de sólo el 2% de la renta global, la quinta parte más rica disfruta del 67% de la misma, es decir, 33 veces más. En Taiwan, en cambio, mientras la quinta parte más pobre dispone del 9% de la renta, la quinta parte más rica disfruta sólo de 4 veces esa cifra, esto es, del 37%. En promedio, el 20% mejor situado es 21 veces más rico que el 20% más pobre en Iberoamérica, frente a sólo 9 veces en el Extremo Oriente.

Sachs contempla la relación entre desigualdad y resultados

(1) "Social conflict and populist policies in Latin America. J.D. Sachs. NBER paper nº 2897.

económicos. En su opinión, la presión política consecuencia de las grandes diferencias de renta estimula actuaciones imprudentes tales como la expansión fiscal como instrumento frente a la pobreza o los tipos de cambio sobrevalorados con los que elevar los salarios reales de los trabajadores urbanos. En particular, Sachs examina el ciclo de política "populista" que tanto se ha repetido y que tantas veces ha fracasado.

Empecemos por la teoría. Supongamos, para simplificar, que sólo hay dos sectores: el de la exportación, fundamentalmente de materias primas, y el compuesto por la producción industrial (protegida por elevados aranceles) de artículos que incorporan mucha mano de obra -y por consiguiente no exportables- así como por los servicios. Supongamos ahora también que el gobierno imprime más dinero con el que pagar subsidios más elevados para los alimentos. La demanda de productos no exportables -y por consiguiente la demanda de mano de obra- subirá, empujando los salarios para arriba. Si el tipo de cambio es fijo, los precios subirán menos porque los de las importaciones permanecen inalterados. Los salarios reales, por consiguiente, se elevan, al tiempo que los beneficios de los titulares (más ricos) de los recursos del sector exportador se reducen.

En esta fase el gobierno disfruta de una gran popularidad: han subido los salarios reales y el empleo. Pero esto no puede durar. La consiguiente elevación del tipo de cambio frena las exportaciones y estimula la importación, ocasionando un déficit comercial. En esta situación, el gobierno se ve forzado a utilizar sus reservas exteriores o a pedir créditos al extranjero. Pero a la larga esto se acaba, obligando a una gran devaluación. Los salarios reales, la producción y el empleo se desploman. Además, debido a que los activos exteriores del país se habrán deteriorado y a que se habrá perdido cierta capacidad exportadora, la depreciación real de la moneda deberá ser mayor que la apreciación original. Los salarios reales pueden terminar siendo inferiores a lo que eran al principio del proceso. Paralelamente, la devaluación da lugar a una inflación explosiva.

Las políticas populistas resultan atractivas en países en los que los trabajadores del sector exportador están políticamente dominados por los del sector no exportador. En Iberoamérica, la agricultura está concentrada en manos de una oligarquía rural. En Asia, por el contrario, domina la presencia de millones de pequeños propietarios, cuyo número les confiere poder político, lo que explica la mayor resistencia a la sobrevaloración de la moneda.

Sachs analiza de cerca cuatro ciclos populistas en los que los gobiernos llegaron al poder con el propósito de mejorar el nivel de vida de los trabajadores: Argentina, en 1946-49, bajo Juan Perón; Chile, en 1971-73, bajo Salvador Allende; Brasil, en 1935-88, bajo José Sarney; y Perú, en 1935-88, bajo Alan García. Los cuatro actuaron en el marco de una fórmula político-económica común. Los cuatro terminaron en un desastre, y a veces trágicamente.

Los cuatro, en efecto, siguieron el mismo patrón en los cuatro años que siguieron a la adopción del mismo. En las primeras etapas todos disfrutaron de una expansión de la producción, una subida de los salarios reales y unos precios relativamente estables, todo ello gracias a unos tipos de cambio fijos. Pero llegaron las malas noticias: los tipos de cambio reales se apreciaron en el 25-30 por cien y el volumen de la exportación cayó en el 20-40 por ciento. Una vez agotadas las reservas, los tipos de cambio se derrumbaron, lo que condujo a una recesión, a una caída de los salarios y a la inflación. Aunque la inflación en Argentina sólo alcanzó el 30% bajo Perón -lo que fué poco en relación con años posteriores- no dejó de ser substancial comparada con la estabilidad de los años 30 y principios de los 40. Los salarios reales se elevaron el 16% en Brasil en los dos primeros años, pero luego cayeron en un 27%. En Chile subieron el 29% para bajar más tarde un 39%.

Tales fracasos económicos no invalidan el objetivo de la redistribución de la renta en Iberoamérica. El error fué la utilización de políticas expansivas para este fin. Ahora bien, las políticas ortodoxas que ignoran completamente los problemas

de la redistribución de la renta corren también el riesgo del fracaso.

La liberalización de las actividades bancarias en la CEE

("Le Monde")

Después de la liberalización de los movimientos de capital, la directiva bancaria adoptada este 19 de Junio, en Luxemburgo, por los ministros de Hacienda de los Doce constituye una nueva etapa importante hacia la creación de un mercado financiero único en el seno de la Comunidad Europea.

A partir del 1 de Enero de 1993, cualquier banco instalado en uno de los estados miembros gozará de una "licencia bancaria única" ("agrément unique" "single EC banking licence") que le autorizará, sin más formalidades, a abrir sucursales o a ofrecer sus servicios en los demás países. Las actividades de tales bancos estarán sometidas sólo a la vigilancia de las autoridades competentes de sus países de origen. Así, un banco inglés podrá obtener libremente depósitos o conceder créditos en Francia, en Alemania o en Italia, sin estar sometido a otro control que el del Banco de Inglaterra.

Instalados en uno de los países de la Comunidad, los bancos originarios de países terceros -y en especial de Japón y de Estados Unidos- podrán beneficiarse también de la "licencia única" sin más requisitos, lo que les abre el conjunto del mercado común.

Como complemento de esa información, Philippe Lemaitre comenta lo siguiente en el mismo periódico:

El mercado bancario está liberalizado en buena parte. Las entidades británicas, italianas, belgas, etc. florecen en Francia, y recíprocamente. Con todo, el mercado se encuentra aún compartimentado, y así, v.g., un establecimiento financiero holandés que se instale en París debe obtener la autorización de las autoridades francesas, someterse a las reglamentaciones gallas y no puede ofrecer sus servicios a Alemania o a Italia des-

de su sede central en Amsterdam o desde su sucursal en París.

Así, pues, la libertad de establecimiento y de prestación de servicios que caracterizará a la profesión dentro de la Comunidad a partir del 1 de Enero de 1993 es el resultado del reconocimiento mútuo de las facultades de autorización de cada país miembro. La "licencia única" se convierte así en un auténtico pasaporte para practicar el oficio de banquero de un extremo a otro de la Comunidad. Una liberalización de esta naturaleza suponía la armonización de ciertas normas que regulan la profesión si se quería garantizar los derechos de la clientela, es decir, de las empresas o de los individuos que confían su dinero a los bancos. Este trabajo previo está ya prácticamente realizado. Los Doce han adoptado normas comunes sobre la definición de los fondos propios y cada día está más cerca el acuerdo sobre la ratio de solvencia de los establecimientos de crédito.

La apertura del mercado que supondrá el sistema de licencia única debería traducirse en una disminución de los costes administrativos y financieros. Dicha apertura aumentará la movilidad potencial de las entidades bancarias (se han previsto directivas análogas para las agencias de cambio y otras sociedades de inversión) y debería contribuir, pues, a una acentuación apreciable de la internacionalización de los mercados, incluso teniendo en cuenta que la profesión se ha anticipado en parte a la acción oficial.

La competencia se agudizará y va a tener consecuencias sobre el empleo que se hace difícil evaluar, aunque también ha de proporcionar considerables ventajas para el consumidor. ¡Se terminaron los dominios reservados!

Esta imagen de un capitalismo financiero que ahora se libera aparece clara en el comunicado publicado días pasados por Peter Lilley, viceministro británico del Tesoro: "la directiva que va a adoptarse constituye el elemento central de un mercado único financiero que ha constituido siempre un objetivo prioritario del Reino Unido desde su entrada en la CEE. Tal directiva conducirá a un mercado de servicios más abierto y más competi-

tivo, que debería ofrecer la posibilidad de una expansión notable del sector financiero británico...".

Pero no es sólo la City la que contempla con avidez las perspectivas de un gran mercado para 1993. La directiva se aplicará asimismo a los bancos de los países terceros instalados en la CEE. Un establecimiento norteamericano que tenga una filial en Londres se beneficiará igual que la banca inglesa de la licencia única que le autoriza a operar no ya sólo en el Reino Unido sino también en los países miembros. Esto supondrá una contrariedad para algunos países y para la misma Comisión. ¿Por qué ofrecer nuestro mercado a los bancos japoneses, americanos o coreanos sin exigir ventajas equivalentes para nuestras propias entidades?

Esto equivalía a plantear el problema de la reciprocidad, sobre el que se ha concentrado en los últimos meses la atención de los Doce. Los países terceros, con los norteamericanos en primer término, lanzaron acusaciones de proteccionismo y de discriminación cuando conocieron las primeras intenciones de la Comisión. Sus argumentos liberales hicieron mella en algunos sectores importantes de los órganos de gobierno de Bruselas.

El acuerdo a que se acaba de llegar constituye un compromiso pero, en realidad, está más próximo de las tesis liberales que de las proteccionistas. En efecto, la reciprocidad en materia bancaria, salvo error, será en buena medida más teórica que real. En especial, -y este es el punto básico, al que ya se aludió- las filiales de los bancos de los terceros países instalados en la CEE el 1 de Enero de 1993 disfrutarán, sin más condicionamientos, de la licencia única que les abra el conjunto del mercado común. Basta, pues, con establecerse en cualquiera de los doce países en el curso de los tres próximos años para disfrutar sin más requisitos de las ventajas del mercado único.

El problema que quedaba pendiente ante los ministros se refiere a la autorización de los bancos de países terceros que quieran establecer filiales en la CEE a partir del 1 de Enero de 1993. A este respecto, la directiva concederá algunos pode-

res a la Comisión para permitirle frenar el establecimiento de bancos originarios de países que discriminen en sus territorios a los bancos de la CEE.

La directiva bancaria, en fin, es la consecuencia lógica de la que instaura la liberalización de los movimientos de capital en el seno de los Doce a partir del 1 de Julio de 1990. Esta última conducirá igualmente a la liberalización de las operaciones bursátiles y al establecimientos de un mercado común para los valores mobiliarios.

Un manifiesto germano: "El milagro europeo"
("The Wall Street Journal")

Como consecuencia del famoso discurso de la Sra. Thatcher en Brujas, unos cuantos librecambistas británicos constituyeron el llamado Grupo de Brujas destinado a promover la visión de una Europa liberal, fiel a los principios de la libre empresa. Un grupo similar, formado por 26 economistas de esta ideología, acaba de ser formado en Alemania. Sus actividades y sus publicaciones están patrocinadas por el Frankfurter Institute. El texto que se transcribe a continuación constituye el manifiesto del nuevo grupo.

Europa ha dado vida a la Ilustración, a la ciencia y a la tecnología modernas, así como a la revolución industrial. Este "milagro europeo", como ha sido llamado, no fué fruto del azar. En Europa, la preocupación por los valores humanos y por la libertad económica supuso una protección contra las intromisiones estatales mayor que la que podían proporcionar otras civilizaciones. La posibilidad de ejercer el derecho de voto representó por otra parte el fundamento de la libertad política, de la diversidad intelectual y de la iniciativa económica sin las cuales el "milagro europeo" no habría podido tener lugar.

Hoy nos enfrentamos con el problema de cómo preservar tales conquistas y de qué manera impulsar nuevamente el futuro desarrollo de Europa. Los esfuerzos que se están realizando para eliminar barreras comerciales y restricciones a los movimientos de capital dentro de la Comunidad para crear un mercado interno común merecen el apoyo de todos nosotros. Además, el reconocimiento mutuo de unos standards mínimos nacionales crea incentivos para la supresión de regulaciones negativas e innecesarias. La apertura y la desregulación de los mercados contribuirán al progreso de Europa.

Sin embargo, para la creación del mercado único europeo no

es necesario transferir nuevas competencias legislativas o ejecutivas en materia económica o social a la Comunidad Europea. Como economistas, llamamos la atención sobre las ventajas de un sistema descentralizado de adopción de decisiones. Una política económica descentralizada, en efecto, se acerca más al ciudadano, facilita el control de la burocracia y sitúa a los responsables de la economía de cada país ante la competencia internacional. La diversidad en materia de política económica, por otra parte, permite que tanto los electores como los políticos aprendan de los éxitos de los otros países y regiones.

Es por esto por lo que nos oponemos a los crecientes intentos de "armonizar" ya de entrada las políticas nacionales a través de acuerdos internacionales. En general, la competencia internacional entre los responsables de la economía constituye un mecanismo superior de coordinación porque les obliga a prestar más atención a los deseos de los ciudadanos. Las decisiones de los agentes del mercado resultan en sí mismas convergentes siempre y cuando la standardización internacional se lleve a cabo en interés de la gente. Tal proceso es preferible a la actuación de los políticos y funcionarios que elaboran directivas y planes según fases sucesivas, predeterminando los resultados.

Como economistas, advertimos de los peligros de una centralización innecesaria y de una armonización burocrática en la Comunidad Europea. Nuestra preocupación no se basa en consideraciones nacionalistas. Las ventajas de la descentralización son tan válidas dentro de los países como entre ellos. Buenas razones han aconsejado a los estados miembros a otorgar ciertos poderes constitucionales a los niveles inferiores de gobierno. La interferencia de la CEE en esas competencias resultaría particularmente negativa para el progreso de la Comunidad.

Las decisiones equivocadas no pierden este carácter por el hecho de ser adoptadas en nombre de Europa. La Política Agraria Común, el proteccionismo de la Comunidad Europea y el cartel siderúrgico -todos establecidos en nombre de Europa, pero en detrimento de sus ciudadanos- son sólo los más visibles ejemplos. Las políticas económicas que obstruyen los mecanismos

del mercado son inaceptables también en el marco europeo.

El secreto de los éxitos de Europa en el pasado ha sido la competencia. Sería una tragedia que olvidáramos esta lección de la historia justo en el momento en que el Este la está re-descubrimiento. Como economistas reclamamos una Europa que elimine las barreras entre sus pueblos y que combine sus diferentes aptitudes. Pero debe ser una Europa diversa y competitiva.

Ofrecemos nuestro apoyo a los esfuerzos que en ese mismo sentido puedan estar haciendo otros economistas en otros países miembros de la Comunidad y aprovechamos la oportunidad de las elecciones europeas y de las inminentes decisiones sobre el futuro de la Comunidad para llamar la atención de los políticos europeos y del público alemán sobre este importante problema.

El informe del BIP

(Peter Norman, en "Financial Times")

Utilizando un lenguaje duro, sin precedentes, el Banco Internacional de Pagos se ha dirigido a Norteamérica pidiéndole que reduzca su déficit presupuestario con el fin de eliminar cualquier riesgo de desastre para la economía mundial.

En su último informe anual, que acaba de ser hecho público, el BIP dice que nos hallamos ante una situación excepcional, en la que "un cambio profundo de la política fiscal de la primera economía del mundo produciría unos efectos altamente positivos tanto para el propio país como para todos los demás".

El BIP advierte asimismo que la persistencia de los desequilibrios corrientes lleva implícito el riesgo de un aterrizaje forzoso, así como el peligro de la desestabilidad financiera y de la crisis del libre comercio.

Según el informe, los grandes países industriales han descuidado los desequilibrios desde el momento en que el proceso corrector de los mismos empezó a fallar a partir de 1988. "Todo lo que se ha hecho ha sido mantener los desequilibrios a un cierto nivel, pero no se ha hecho nada serio para reducirlos".

El informe de este año es particularmente severo, y califica de "deplorable" la falta de progreso en la solución del déficit fiscal de Estados Unidos. "Una reducción substancial unilateral de la demanda interior norteamericana a través de la acción fiscal proporcionaría el estímulo adecuado al proceso de ajuste". Por lo demás, a juicio del BIP, está claro que la contracción fiscal es "la única respuesta racional" a los déficits norteamericanos.

El banco duda que un dólar bajo pudiera llevar a la corrección del déficit exterior. Los defensores de esta idea no han demostrado aún que un dólar devaluado sirviera para estimular las exportaciones. Además, un dólar más bajo requeriría una reducción de los diferenciales de los tipos de interés

que han sostenido a la moneda americana, y eso podría ser peligroso.

Una flexibilización de la política monetaria de Estados Unidos, en efecto, podría resultar contraproducente para el mismo proceso de ajuste, a parte de que sería probablemente negativa en los esfuerzos por contener la inflación. Por otra parte, tampoco puede sugerirse una elevación de los tipos de interés en los países excedentarios, por el peligro de que se produjera en éstos una contracción grave de la demanda.

El dilema, en definitiva, se vería muy aliviado si la demanda cediera en Estados Unidos.

(Peter Norman y Stephen Fidler, en "Financial Times")

La política monetaria ha hecho ya todo lo que podía para intentar corregir los desequilibrios por cuenta corriente existentes, ha dicho Wim Duisenberg, presidente del BIP, en la presentación del informa anual de este banco.

Las palabras de Duisenberg reflejan la sensación de impotencia que se ha manifestado entre los gobernadores centales que dirigen las políticas monetarias nacionales e internacional. Tal vez por esto las reuniones de este fin de semana del banco no han aportado iniciativa nueva alguna para intentar encontrar solución a los problemas suscitados por la fluctuación de los tipos de cambio, la inflación y los desequilibrios corrientes.

En vez de esto, en una conferencia de prensa a la que asistía junto con Duisenberg, Alexandre Lamfalussy, director general del BIP, comentó que este era un momento ideal para enfrentarse con los desequilibrios reduciendo la demanda interna de Norteamérica. "El mundo podría soportar ahora tal reducción, puesto que la demanda en los otros países es muy fuerte". Por lo demás, "la elección no es entre expansión y recesión. La disyuntiva es sólo entre un crecimiento que puede salirse de madre y una expansión menor".

Con anterioridad, Duisenberg había dicho en la reunión del banco que la fortaleza del dólar, caso de proseguir, perjudicaría los esfuerzos que puedan hacerse para corregir los desequilibrios globales. Ahora bien, a su juicio, es poco lo que los bancos centrales pueden hacer ante la gran demanda de dólares. Las políticas monetarias nacionales deberían mejor dirigirse a controlar los precios internos y a conseguir la estabilidad financiera. También Pöhl, por cierto, se mostró escéptico en cuanto a las posibilidades de que los bancos centrales contengan la subida del dólar. A su juicio, no tiene sentido intervenir vendiendo dólares baratos para que luego los vuelvan a vender el mismo día con un beneficio los bancos comerciales. Esto no hace más que estimular la especulación.

Paul Fabra dedica su "chronique" de "Le Monde" al informe anual del BIP.

Las materias recogidas en el informe del BIP -lleno éste de hechos, de cifras, de valoraciones cualitativas y de análisis diversos sobre la situación monetaria, financiera y económica del mundo- se podrían agrupar bajo tres grandes rúbricas. La primera se situaría bajo el signo de lo que uno se sentiría tentado de llamar la ignorancia sabia: ¿por qué todos los países industriales disfrutan hoy de una verdadera expansión después de haber temido lo peor después de un "crash" bursátil sin precedentes? Lo ignoramos completamente, responden los expertos de Basilea.

La segunda rúbrica se presentaría bajo la forma de una advertencia: sería un error celebrar demasiado pronto los éxitos actuales.

Por lo que se refiere a la tercera, la manera más expeditiva de definirla sería llamándola "las cuatro verdades", con una subdivisión: las de hoy y las de mañana.

Para el BIP, la incapacidad de los responsables y de sus asesores para establecer un diagnóstico explica la "malaise"

-en francés en el original inglés- del momento presente, a pesar de la euforia del mundo de los negocios y de las bolsas de valores. Ahora bien, como sea que no han comprendido aún las causas del desastre bursátil, las autoridades responsables no se han atrevido a tomar todas las medidas preventivas que podrían eventualmente evitar su repetición. Es más, esta situación no sólo se ha manifestado con esa especie de abstención o renuncia. También se tiende a ignorar las indicaciones de la experiencia. "A pesar del papel negativo que se ha atribuido a los mercados de 'futuro' norteamericanos, Francia ha abierto un mercado sobre índices bursátiles, y Alemania lo hará en breve".

Leyendo el informe se da uno cuenta que los autores del informe, si bien no se atreven a presentar una interpretación global de la situación presente, sí insinúan cómo se ha llegado aquí: la poderosa expansión monetaria que se ha constatado en el curso de los últimos años en numerosos países se ha reflejado "sin duda alguna en la elevación de los precios de los activos". En otras palabras: no basta prestar atención a la evolución de los índices de los precios al consumo para medir las tensiones inflacionistas. Estas se manifiestan también en la subida de los precios de los terrenos o de los valores mobiliarios. "Este factor, unido a una nueva baja de los tipos de interés a corto plazo a finales de 1987 y comienzos de 1988... contribuyó sin duda a la reactivación". El temor expresado es que la liquidez acumulada estos últimos años podría, si no se la controla a tiempo, disparar la espiral salarios-precios.

Según los economistas del banco, los responsables de la política económica deben pensárselo dos veces antes de felicitarse por los buenos resultados de su labor. A ambos lados del Atlántico se elevan voces oficiales para proclamar que la estabilidad de los tipos de interés a largo plazo (a pesar de las alzas de los tipos a corto) es un voto de confianza de los ahorradores en las políticas puestas en práctica para combatir la inflación. Los expertos de Basilea, sin embargo, son más escépticos. Con la liberalización de los movimientos de capital, el

curso de las obligaciones está principalmente determinado por las decisiones de los grandes gestores de carteras. Por el momento, éstos continúan confiando en una relativa estabilidad de los tipos de cambio y, en consecuencia, tienden a situar sus fondos en los países en los que los tipos de interés son más elevados, como si el principal no corriera ningún riesgo. Se asiste así al hecho paradójico de que los capitales se dirijan hacia las plazas en las que la inflación es más acusada.

A lo largo de todo el informe los autores del mismo hacen de aguafiestas. ¿Pero no es su papel plantear las cuestiones difíciles que los mercados querrían olvidar?

A propósito de las entidades de ahorro y préstamo norteamericanas (las famosas S & L), el informe del BIP contiene pasajes que obligan a reflexionar, tanto por la magnitud del problema como por los orígenes del mismo. En Francia, toda comparación con esa situación es tema "tabou". Aquí no podría ocurrir nada similar, se dice. El BIP -única institución internacional que goza de verdadera independencia (junto -en otro terreno- con la Comisión Europea de Bruselas)- rechaza esas seguridades. "Conviene hacer notar", dice el informe, "que si, por su magnitud, los problemas con que se han de enfrentar las entidades de ahorro norteamericanas son únicos, la naturaleza profunda de esta crisis no lo es en absoluto".

El informe se refiere también al problema de la deuda del Tercer Mundo y se expresa con la misma libertad a propósito del plan Brady, al tiempo que liquida definitivamente el esquema precedente, o plan Baker, de 1985. La idea de Baker según la cual el crecimiento permitiría que los países deudores saliesen de la crisis ha resultado una ilusión. En vez del crecimiento y de los nuevos créditos prometidos lo que ha habido ha sido una inflación galopante y una transferencia de fondos hacia los bancos acreedores.

Guardián de la ortodoxia bancaria, el BIP llega a escribir que se comprende por qué los países deudores declaran hoy que no quieren ya garantizar integralmente el servicio de sus deudas externas. En seis años, los países designados para ser los be-

neficiarios del plan Baker han acumulado excedentes comerciales del orden de 55 m.m. de dólares. Esta suma considerable equivale a la mitad del importe que alcanzaban las deudas en 1981, pero no ha servido ni para pagar los intereses.

Volviendo, en su conclusión, al fenómeno de la afluencia de capitales hacia los países en los que la inflación es más amenazante (y por lo tanto, en los que la gestión es más discutible), los expertos del BIP se preguntan si no se ha ido demasiado lejos en la búsqueda de la "estabilidad de los tipos de cambio nominales". Por nuestra parte prevemos que, en su próximo informe, el BIP juzgará a la "vaca sagrada" de los acuerdos del Louvre de la misma forma que hoy juzga al plan Baker: como un enorme fracaso.

Compromiso en Madrid

Con este título publica "Financial Times" el siguiente editorial (28.06.89).

Por ser la rueda más chirriante de la Comunidad Europea, la Sra. Thatcher ha recibido una vez más mucha grasa. Pero también ha aprendido que una sola rueda, por más chirriante que sea, no puede detener el movimiento hacia adelante si el conductor hace prueba de auténtica determinación.

En la cumbre comunitaria de Madrid la Sra. Thatcher consiguió como máximo relentizar el progreso hacia la unión económica y monetaria, que tanto le desagrada.

Podía haber detenido tal progreso si hubiera conseguido una victoria intelectual sobre sus rivales, pero en esto ha fracasado. Además, es probable que continúe fracasando salvo en el caso de que cambie su objetivo de destruir el principio de la unión monetaria europea (UME) por el de modificar las características más objetables de esta.

Ahora bien, aunque la evolución hacia la UME seguirá adelante, el ritmo de progreso puede que sea más lento. Esta es la conclusión clave que puede sacarse de la cumbre de Madrid. La primera etapa del movimiento hacia la UME, tal como es definida en el informe Delors, ha de empezar el 1 de Julio de 1990, pero no se ha fijado una fecha límite final. Tampoco existe obligación alguna de proceder seguidamente hacia las fases dos y tres.

Como la misma Sra. Thatcher señaló, no podía evitar la decisión de llevar a cabo los trabajos preparatorios para la organización de una conferencia intergubernamental más adelante. Esta conferencia no se celebrará antes de que la primera etapa haya comenzado, y debe ser precedida por una "preparación completa y adecuada". Las conclusiones de tal conferencia, por otra parte, deberán ser adoptadas por

unanimidad, salvo en el caso de que los otros miembros de la CEE estén dispuestos a aceptar un nuevo acuerdo fuera del marco del Tratado de Roma. Todo esto concede al Reino Unido suficiente peso para influir en el curso futuro de los acontecimientos.

Dos condiciones

La primera etapa podría resultar larga. Dos son las condiciones que han de asegurar su éxito: la supervivencia del Sistema Monetario Europeo después de la abolición de los controles de cambios, y la incorporación de todas las monedas, y en particular de la libra, en el mecanismo de cambios. Astutamente, la Sra. Thatcher ha relacionado ambas. Sus condiciones básicas para la incorporación de la libra, a parte de una acusada reducción de la tasa de inflación, incluyen la culminación del mercado único en todos sus aspectos (entre los que se encuentra un mercado libre para los servicios financieros) y la abolición de todos los controles de cambios. Dado el calendario para la supresión de estos en Grecia y Portugal, esta formulación puede perfectamente permitir a la Sra. Thatcher mantener a la libra fuera durante otros cinco años.

Así, pues, la primera etapa podría muy bien durar hasta mediados de la próxima década. Algunos de los asesores de la Sra. Thatcher esperan que el SME habrá colapsado antes de esa fecha, con lo que todo lo demás quedaría reducido a nada. Confiamos, con todo, en que se equivoquen. ¿Pero no deberían sentirse también algo defraudados por los compromisos de Madrid todos aquellos que desean un rápido progreso hacia la UME?

Principio aceptado

La respuesta es no, por tres razones. Primero, el principio de avanzar hacia la UME ha sido aceptado. Segundo, la primera etapa resultará en si misma difícil y complicada. En especial, exigirá una convergencia feliz de algunas de las principales monedas -el franco y la lira- que han estado dentro del Sistema pero que han sido sostenidas por controles de

cambios, con otra -la libra- que se ha mantenido fuera del mecanismo de cambios pero que no ha estado protegida por control alguno desde hace una década. Finalmente, los puntos de vista del informe sobre la manera de desarrollar las fases dos y tres -en especial en materia fiscal- han quedado en una situación ambigua y no deberían adoptarse sin antes proceder a un amplio debate, el cual a su vez exigirá la minuciosa preparación prevista para la conferencia intergubernamental.

La línea de fuego se traslada ahora al propio Reino Unido. La Sra. Thatcher puede haber logrado mantener a la libra fuera del mecanismo de cambios hasta después de las próximas elecciones, pero el precio que haya de pagar por ello puede ser ruinoso en el frente interno. El precio de esta "victoria", en efecto, puede resultar ser una recesión o una inflación mayores de lo necesario. La rueda puede que haya sido bien engrasada en Madrid, pero esto tal vez no evitará que se rompa del todo bajo el peso de las tensiones presentes.

La cumbre de Madrid

Bajo el título "Un pari", "Le Monde" del día 29/6 publica el siguiente editorial:

"La unión monetaria, dentro de mil años", había dicho recientemente la Sra. Thatcher al primer ministro francés en el curso de una visita de éste. Al final de la cumbre de Madrid, nada le obliga formalmente a acelerar este calendario. Nada, salvo los límites más allá de los cuales la ambigüedad, para no hablar de mala fe, deja de ser admisible.

¿Debemos recordar de esta reunión sólo el cinismo utilizado inmediatamente después por la Sra. Thatcher al expresar su intención de no respetar los compromisos a que acababa de adoptar con sus once socios? El objetivo anunciado de la unión monetaria no deja lugar a interpretación alguna. Ahora bien, ha sido necesario introducir cierta vaguedad en el anuncio de los medios con los que se debe alcanzar tal objetivo, para así poder contar con el consentimiento de la primer ministro, de la que nadie esperaba que cambiara súbitamente de actitud sobre el fondo de la cuestión.

La primer ministro británica es refractaria a las transferencias de soberanía implícitas en el proyecto de unión monetaria de la forma en que éste es definido en el informe Delors. Este último, en especial porque prevé el establecimiento de un sistema europeo de banco central y una gestión colectiva de las políticas presupuestarias, constituiría efectivamente el paso más decisivo dado nunca hacia la unión política. Mitterrand responde a la Dama de hierro diciéndole que no se ha realizado ningún progreso hacia la construcción europea sin alguna transferencia de soberanía, y que se debe saber lo que se quiere.

Otros además de él piensan que la dinámica de la unión ha sido confirmada en Madrid y que la Sra. Thatcher difícilmente

podrá eludirla. A los medios empresariales, al ala más europea del partido conservador, a la misma opinión británica, ¿les gustaría un "pragmatismo" que consistiera en subirse al tren en Madrid para hacerlo descarrilar en la siguiente estación? La prensa británica, que desde hace bastantes meses consagra al tema numerosos artículos de fondo, ha subrayado en general el volumen de las concesiones que la Dama de hierro ha debido hacer.

Otros factores decidirán el ritmo de la construcción de la Europa monetaria. La coyuntura económica, en el presente propicia, empuja más bien hacia la audacia. Un cambio de tendencia debido, por ejemplo, a una aceleración de la inflación, reforzaría sin duda la posición de los menos partidarios de una gestión común de la política económica.

Por otra parte, ha sido una coalición muy concreta la que ha preparado e impuesto el resultado de Madrid. Tal coalición se llama Delors, Mitterrand, Kohl, González, De Mitterrand. ¿Qué ocurriría si uno de los pilares de esta coalición europeísta, el canciller Kohl, perdiera el poder en una Alemania en la que Europa -más allá del mercado que representa- también tiene adversarios?

La apuesta no está ganada por adelantado, pero sigue viva. La presidencia española habrá contribuído grandemente a que esto sea así, y así se le ha reconocido unánimemente. Y es su determinación la que habrá permitido alcanzar una declaración común menos ambigua de lo que podía temerse.

El texto literal adoptado por los Doce en Madrid es el siguiente:

1.- El consejo europeo reitera su determinación de realizar progresivamente la unión económica y monetaria tal como está previsto en el Acta Unica, confirmada con ocasión del consejo europeo de Hannover. La unión económica y monetaria debe considerarse como la culminación del mercado interior, en

el contexto de la cohesión económica y social.

2.- El consejo europeo considera que el informe del comité presidido por Jacques Delors, que define un proceso que ha de conducir por etapas a la unión económica y monetaria, responde plenamente al mandato que se le dió en Hannover.

3.- El consejo europeo decide que la primeraa etapa de la realización de la unión económica y monetaria dará comienzo el 1 de Julio de 1990.

4.- El consejo europeo pide a las instancias competentes (consejo económico y financiero, departamento de asuntos generales, comisión, comité de gobernadores de los bancos centrales, comité monetario):

a) que adopten las disposiciones necesarias para la puesta en marcha de la primera etapa el 1 de Julio de 1990;

b) que realicen los trabajos preparatorios destinados a reunir una conferencia intergubernamental para el establecimiento de las etapas posteriores. Esta conferencia se reunirá después de que haya dado comienzo la primera etapa y será precedida de una preparación completa y adecuada.

Un economista de la oferta en Moscú

("The Wall Street Journal")

El texto que sigue corresponde -resumido- al discurso pronunciado el 20 de Junio en Moscú por Paul Craig Roberts, que en la actualidad ocupa la cátedra de política económica William E. Simon en el Center for Strategic and International Studies de Washington. Como se recordará, el profesor Roberts representó un gran papel en la reforma económica de Norteamérica a principios de los años 80. Es el autor de "The Supply-Side Revolution". Su discurso de Moscú formó parte de un programa llamado "Values of Western Civilization" patrocinado por la Academia de Ciencias de la URSS. La sesión en la que el discurso fué pronunciado estuvo presidida por Abel Aganbegyan, el primer asesor económico de Gorbachev y autor de "El desafío económico de la perestroika".

Camaradas: agradezco la oportunidad que me ofrecen de dirigirles la palabra. Incluso en mi país -país relativamente libre- se hace difícil evitar que la acción del gobierno sirva intereses estrechos, específicos, en perjuicio del bienestar general. Ni siquiera en mi país, con todos los debates posibles y con un sin fin de elecciones, no es siempre posible evitar que intereses especiales se lleven partes substanciales del presupuesto. Por esto de vez en cuando debemos llevar a cabo una limpieza general, como hicimos cuando, bajo el presidente Reagan, reducimos los impuestos y reafirmamos el derecho de los ciudadanos a disfrutar del esfuerzo de su trabajo, y cuando se redujeron las reglamentaciones para que las empresas pudieran ser más eficazmente dirigidas por sus propietarios y administradores.

Como un veterano de guerra de Reagan para eliminar los obstáculos que dificultaban la buena marcha de la economía, contemplo los problemas con los que vosotros os enfrentais, camaradas, y me maravillo de vuestra valentía, aunque ésta surja de la necesidad, de la desesperación. Porque la verdad es que vuestra economía, simplemente, no funciona.

Nunca funcionó. Pero este hecho fué ocultado durante décadas por la presencia de enormes recursos de fácil acceso,

así como por los vastos horizontes, los grandes mares y los ríos de ensueño que han ido sirviendo de depósitos de la contaminación industrial. Ahora todo el mundo puede ver estimaciones que indican que vuestra economía necesita inputs 2,5 veces mayores que los de Estados Unidos por cada unidad de producción. Y esto dejando a parte el problema del valor de vuestra producción económica, el cual, según parece, es con frecuencia menor que el valor de los inputs.

Vuestra economía no funciona porque no es libre... En muchas ocasiones habeis tratado de reformar el sistema estableciendo una valoración de la producción que complementara los objetivos cuantitativos, tan absurdos. Ahora bien, tales intentos de reforma han fracasado, y seguirán fracasando, porque no se puede conocer el valor de las cosas si no se dispone de un mercado. Y si se dispone de un mercado ya no se necesita establecer objetivos de producción.

<...>

Es evidente que cuando Marx criticó el sistema de producción capitalista no sabía cómo iba a ser substituído, o cuales serían los resultados del cambio. Ahora bien, cualesquiera que sean los inconvenientes de la economía de mercado, ahora está claro que vuestro sistema es mucho peor.

El caso es que no hay posibilidad de reformar vuestra economía si no se abandona el actual sistema de producción y éste es substituído por otro en el que el elemento fundamental sea el beneficio de las empresas. Pero un sistema de esta naturaleza no funcionará mientras los precios no sean libres y éstos no sean el resultado de la actuación de los mercados. Si los precios son libres, los recursos deben ser libres para seguir a los precios. La inversión debe ir en busca de los beneficios y alejarse de las pérdidas. Pero esto no puede ocurrir sino se restablece el derecho de propiedad. Los burócratas no pueden ocupar el puesto de los propietarios.

Por consiguiente, cuando hablamos de reforma de la economía soviética nos referimos a la restauración de la propiedad privada de los medios de producción.

Algunos economistas de la Europa del Este -como es el caso de Tibor Liska en Hungría- han sostenido que el socialismo puede obtener los resultados de la libertad de empresa arrendando los medios de producción a gestores o empresarios, a los que corresponderían los beneficios que obtuvieran después de pagar al Estado el precio del arrendamiento. Pero este sistema no puede funcionar pues el arrendatario de una fábrica no tendrá incentivo alguno en invertir sus beneficios y en ampliar sus instalaciones, puesto que éstas no son suyas, sino del Estado. Sin derechos de propiedad no es posible una adecuada distribución de la inversión.

Históricamente, en Occidente, la asignación de los derechos de propiedad tuvo lugar a lo largo de un prolongado proceso que duró varios siglos. Pero ustedes no disponen de siglos. ¿Cómo restaurar los derechos de propiedad? Se podría empezar reconociendo como legal la economía submergida. Permitan que los propietarios de hecho, incluso los gangsters, registren sus negocios y denles protección legal. Los problemas no faltarán, pero tal vez podrían olvidarse los medios utilizados para obtener tales propiedades. Otra medida consistiría en privatizar las viviendas convirtiendo los pagos de alquileres en pagos de hipotecas. Esto supondría la aparición de un segundo frente importante de propietarios privados.

La propiedad de las fábricas estatales debería ser dividida entre las clases dirigentes y los obreros, emitiéndose los correspondientes certificados. La tierra, en fin, debería entregarse a los campesinos y a los trabajadores agrícolas, convirtiendo sus obligaciones con el Estado en hipotecas.

Una alternativa podría consistir en sortear la propiedad de los medios de producción. Se trataría en este caso de organizar una gigantesca lotería nacional. Desde el punto de vista de futuro del país, importa poco quienes vayan a ser los propietarios iniciales. La economía será tan eficaz que todo el mundo ganará con el cambio.

Una vez se haya restablecido el derecho de propiedad, los recursos encontrarán sus propios canales para dirigirse donde

hayan de producir los mejores resultados.

<...>

Pero cuidado con los impuestos. Me siento desanimado ante vuestro futuro cuando leo que como resultado de los elevados beneficios las nuevas cooperativas que se están formando han de ser fuertemente gravadas. Esto sería autodestructivo. Los beneficios son como señales que indican que se deben destinar más recursos a las áreas que los producen. Ahora bien, si los beneficios desaparecen como consecuencia de los impuestos, las señales dejan de existir. La manera adecuada de reducir los beneficios es expandir el número de cooperativas, la producción y la inversión, hasta que la demanda encuentre unos precios menores. Por el contrario, la manera de enfrentarse con las pérdidas no es subsidiándolas, sino reduciendo las firmas que las ocasionara.

Los seres humanos disponen de inventiva y de recursos que utilizan cuando disponen del medio adecuado para hacerlo. Esto se ve con claridad en Estados Unidos, donde cada año llegan varios millones de inmigrantes, muchos de ellos ilegales. Estas masas de gente procedentes de países del Tercer Mundo no pasan a integrar un ejército de parados. Por el contrario, sacan el mejor provecho de sus capacidades, inician unas nuevas vidas prósperas y productivas, y esto gracias a que nuestro marco económico y social se lo permite.

De regreso de Moscú, Paul Craig Roberts se entrevistó en Paris con Edouard Balladur, el ex-ministro de Hacienda de Chirac y fundador, en 1988, de la "Association pour le liberalisme populaire". El encuentro entre ambos fué moderado por el periodista del "Journal" Seth Lipsky. El "WSJ" recoge así la entrevista.

- WSJ: ¿Cómo se recibe en la Unión Soviética a un economista de la oferta?

- Prof. R.: Bien, la cosa es un tanto extraordinaria. Lo que es indudablemente cierto es que entre los intelectuales de Moscú

el socialismo está muerto. No había ni un solo defensor del socialismo en una sala repleta de intelectuales de élite, entre los que se incluían altos representantes de la "nomenclatura". Allí pude oír como Abel Aganbegyan decía que "restableceremos la propiedad privada en la producción". Como economista de la oferta no puedo decir que les resultara demasiado radical.

- **WSJ: ¿Le trataron bien?**

- Prof. R.: Me trataron magníficamente. Están buscando ayuda para las grandes reformas que están llevando a cabo. No tienen muy claro cómo deben hacerlo.

- **WSJ: ¿Cómo están de mal?**

- Prof. R.: Podría haber algún problema de hambre en los confines del sistema. El cualquier caso, se dan cuenta de que éste no funciona y de que la economía se está derrumbando a sus pies. Cuando hice notar que el socialismo ha sido un fracaso aplaudieron.

- **WSJ: ¿Quién aplaudió?**

- Prof. R.: Entre el público estaban los más importantes economistas soviéticos, estudiantes, abogados, miembros del partido, editores, periodistas. El "establishment" intelectual, en definitiva.

- **WSJ: ¿Cuando Vd. utilizaba la expresión "derecho de propiedad", ¿le seguían?**

- Prof. R.: Por supuesto, aunque mostraban cierta confusión. A su juicio se podría empezar con una reforma de los precios. Pero no se pueden reformar los precios si los recursos no son libres para seguirles. Y los recursos no seguirán a los precios si no existe la propiedad privada.

- Balladur: Creo que la liberalización económica ha de ser más fácil en países como Polonia, o incluso China, que en otros como Rusia, en los que la ausencia de libertad ha durado casi

un siglo, 70 años. Gorbachev les dice a los agricultores: "Les arrendaré la tierra por 50 años", y ellos responden: "Estamos perfectamente bien con nuestras granjas colectivas (kolkhoz). Tenemos nuestro salario tanto si llueve como si nieva. ¿Por qué deberíamos arrendar la tierra y asumir riesgos?" Es en la agricultura donde los países comunistas deberán demostrar su habilidad para adaptarse. Es fácil levantar una fábrica y construir camiones o aparatos de televisión. Pero rehacer una sociedad agraria libre, capaz de alimentar a la población en un sistema de precios libres y estables, es otra cosa. Lo peor que hizo Stalin fué la 'deskulachización'. Con esto destrozó todo el sistema productivo".

- Prof. R.: Este es el problema central, en efecto. Contrariamente a lo que ocurre en Occidente, donde los intelectuales se muestran hostiles hacia la libertad, en Rusia los mismos intelectuales están a favor de ésta, mientras que el pueblo puede no estarlo. Las razones de ello son las que Vd. ha dicho. Este es el problema.

- Balladur: ¿Ofrecerían los agricultores menos resistencia si se les dieran las tierras?

- Prof. R.: No puedo decir cuán lejos estaría el partido dispuesto a ir. En esta conferencia se habló de arrendamiento, y quedó claro que éste no funciona, puesto que no resuelve el problema de la inversión. Por esto se puede llegar a la conclusión de que lo único que puede funcionar es la propiedad privada.

<...>

- Balladur: Se suele decir que uno de los medios con los que Occidente podría promover la evolución en la Unión Soviética sería invitándola a participar en las instituciones monetarias, comerciales y financieras internacionales como el FMI, el GATT, el Banco Mundial, etc., etc. Ahora bien, el sistema económico en el que vivimos no funciona bien porque no tenemos un sistema monetario adecuado, puesto que el existente se encuentra más

distorsionado que nunca.

- Prof. R.: Esto es cierto.

- Balladur: ¿Qué ocurriría, así, si un país tan poco equilibrado como la Unión Soviética se incorporara a esas instituciones? ¿Podemos invitar a la Unión Soviética antes de haber reconstruido un nuevo orden económico mundial, es decir, un nuevo sistema monetario?

- Prof. R.: No. Sería contraproducente tanto para nosotros como para la Unión Soviética.

- Balladur: Creo que esto es fundamental.

- Prof. R.: Para la Unión Soviética resultaría muy negativo, dado que ni el FMI ni el Banco Mundial creen en la libertad económica. Si la Unión Soviética cae en la órbita del Occidente "dirigista" están perdidos. La Unión Soviética se encuentra ya destrozada. Si le imponemos las políticas que el FMI ha utilizado en Iberoamérica habrá desaparecido toda posibilidad de salvación. La guerra sería inevitable.

La Unión Soviética no puede tener un rublo fuerte o un rublo convertible mientras no resuelva el problema de la propiedad, pues mientras ésta no exista no existe base para que la moneda tenga un valor. Ellos saben perfectamente que su rublo no se puede valorar. Nadie quiere rublos. Por consiguiente, se deben establecer unas bases fundamentadas en la propiedad. El problema que tienen planteado es de unas dimensiones enormes.

El Banco Internacional de Pagos

("The Economist")

17.06.89

Si un banco central europeo llega a ver la luz, la más veterana de las instituciones multilaterales perderá peso. En el presente, el lugar de confluencia de los banqueros centrales de la Comunidad es el Banco Internacional de Pagos, con sede en la ciudad suiza de Basilea, lejos de las presiones políticas de cualquier capital estatal. ¿Qué le espera al BIP?

Establecido en 1930 en un antiguo hotel situado frente a la estación de Basilea, su misión original fué promocionar la cooperación entre los bancos centrales, defender el patrón oro y resolver el problema de las reparaciones alemanas, después de la Primera Guerra Mundial. La gloria del banco fué breve. Los años de la Depresión, el abandono del patrón oro y la Segunda Guerra Mundial le afectaron profundamente. En 1947 disponía de unos efectivos personales -unas cien personas- inferiores a los del momento de su creación. Con la aparición del Fondo Monetario Internacional, los norteamericanos pretendieron cerrar el BIP, y los reunidos en Bretton Woods en 1944 aprobaron una resolución en ese sentido.

Pero nunca llegó a cumplimentarse. La ayuda Marshall permitió que el BIP se recuperara espectacularmente. En esa ocasión, en efecto, el banco actuó como agente para los pagos intra-europeos y a continuación para la Unión Europea de Pagos (1950-1953), la cual proporcionó al BIP su primer gran cometido de la postguerra.

Vinieron entonces los delicados años 60. Los bancos centrales estrecharon su colaboración para defenderse mutuamente, capeando al dólar y defendiendo a la libra contra ataques especulativos. El BIP, en esa etapa, actuó como coordinador y participó financieramente en el proceso. El banco incluso dirigió los primeros pasos del mercado de Eurodólares. Entre 1961 y 1968, el llamado "gold pool" fué operado desde

Basilea sobre las bases establecidas por los bancos centrales del grupo de los Diez.

En el régimen presente de tipos de cambio flotantes y con unos mercados de capitales capaces de movilizar enormes sumas de capital privado en breve plazo, el papel del BIP como parachoques ha dejado casi de existir. Es cierto que prestó recursos al FMI en 1981-84 y que podría hacerlo de nuevo. También es verdad que ha ayudado a países del Tercer Mundo a superar situaciones de crisis provocadas por la deuda, proporcionando créditos puente, normalmente relacionados con programas del FMI. Pero incluso su papel en este campo ha disminuído.

Agente de Europa

En los últimos 25 años han aumentado las funciones que el BIP realiza para la Comunidad Europea, a pesar (o tal vez a causa) de que el banco tiene su sede fuera de la CEE. El banco, en efecto, proporciona el reducido secretariado que necesita el comité de gobernadores de bancos centrales de la Comunidad. Actúa como agente del Fondo de Cooperación Monetaria Europea, establecido en 1973 con ocasión de la creación de la "serpiente" monetaria, y ahora tiene mayores responsabilidades bajo el más sofisticado Sistema Monetario Europeo.

El Banco Internacional de Pagos también se ha hecho cargo de la labor como agente para la liquidación y pagos en el marco de la unidad monetaria europea (ecu), una función muy especial por la cual es pagado directamente. Estas actividades, por cierto, difícilmente subsistirán si triunfan las tesis de Jacques Delors sobre la unión monetaria.

El BIP hace mucho más para la Comunidad: ofrece a los banqueros la oportunidad de pensar, proporcionándoles material documental surgido de sus propios órganos de estudio y de investigación. También actúa como banquero de los bancos centrales. Unos 80 o 85 de ellos tienen dinero y oro depositado en el BIP. Los depósitos monetarios se han elevado de 39 m.m. a 68 m.m. de dólares en tres años.

El hecho de que el BIP sea considerado como una institución esencialmente europea se debe en parte a la forma especial en que se ha desarrollado. Sus fundadores fueron los bancos centrales de Bélgica, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y Japón. También participó un contingente norteamericano de bancos privados (J.P. Morgan, National Bank of New York y First National Bank of Chicago), dado que la Reserva Federal decidió no tomar parte. Ninguno de los dos miembros fundadores no europeos -Norteamérica y Japón- está hoy representado en el consejo del banco. Japón fué expulsado después de la Segunda Guerra.

Cada país fundador tiene dos puestos en el consejo, que son ocupados por el gobernador del banco central y, normalmente, por su predecesor. Los Estados Unidos, si bien están regularmente representados en Basilea, nunca han ejercido el derecho de incorporarse al consejo porque quieren evitar esa especie de interferencia política que al Congreso le gusta ejercer sobre el voto norteamericano en instituciones tales como el FMI y el Banco Mundial. Las reglas permiten la presencia de otros nueve gobernadores en el consejo, pero por lo general sólo los de Holanda, Suecia y Suiza han ocupado su asiento en él.

Ubicado desde 1977 en un edificio cilíndrico de Basilea, el BIP reúne a su consejo por la mañana del segundo martes de cada mes. Normalmente se tratan temas más o menos rutinarios ("run-of-the-mill affairs"), por lo que las reuniones suelen durar unos 15 minutos, o 30 como máximo. Ocasionalmente, sin embargo, las reuniones adquieren mayor relevancia, y entonces ocupa la presidencia -en la presente etapa- K.O. Pöhl, el presidente del Bundesbank, asistiendo a las mismas Alexandre Lamfalussy, director general del banco.

¿Quién necesita a los gobernadores?

Algunos sostienen que los banqueros centrales han perdido importancia, en especial después de que los ministros de Hacienda de los siete grandes países llegan a acuerdos

monetarios. Lamfalussy discrepa de este punto de vista.

Primero, dice, todavía tienen en sus manos el régimen de gestión de los tipos de cambio a corto plazo. Por supuesto, en algunos países los ministros vigilan su labor y les dan órdenes, pero tanto el Bundesbank como, por ejemplo, los bancos centrales de Suiza, Bélgica y Holanda actúan en primera línea y con iniciativa propia. Segundo, la gestión de los tipos de interés a corto plazo es más importante que nunca, siendo con frecuencia el único instrumento macroeconómico utilizable. Tercero, la seguridad de la actividad bancaria internacional es cada día más compleja.

Es en esta última área en la que el BIP se está desarrollando más rápidamente. No se trata sólo de proporcionar al secretariado del comité que elabora las normas que han de regir en materia de adecuación del capital de los bancos, ni de las actividades que realiza para el comité sobre Euromonedas que se reúne cuatro veces al año. El BIP es asimismo el marco en el que actúan diferentes grupos de trabajo sobre temas técnicos tales como el sistema de pagos, los ordenadores y los bancos de datos.

A pesar de todo, el BIP, según sus propias palabras, continúa siendo una institución "muy modesta", situada en la órbita de la OCDE más que en la del FMI, que proporciona la logística para cuanto los bancos centrales deseen. Basilea, por lo demás, no entusiasma a todo el mundo, y contratar y mantener allí un equipo de gente capaz situada entre los 30 y los 40 años no es tarea fácil. Pero dado que no existen cupos nacionales para el personal, se ha podido mantener un equipo prestigioso a lo largo de los años. Lamfalussy, húngaro de nacimiento y ahora ciudadano belga, de 60 años de edad, se incorporó al BIP en 1976 como asesor económico, después de haber alcanzado la presidencia de la Banque Bruxelles Lambert, con lo que unió teoría y práctica. Su segundo, Richard Hall, procedente del Banco de Inglaterra, está en Basilea desde hace 17 años, ocupado en el departamento bancario.

Las personalidades importan aquí más que en otras

instituciones multilaterales porque no existen normas precisas que regulen cada uno de los detalles o de las posibles incidencias.

Lamfalussy fué miembro del Comité Delors y un firmante del informe elaborado por este. Se puede pensar, por consiguiente, que contempla la posibilidad de que seguirá existiendo una misión para el BIP incluso en el caso de que lo preconizado en dicho informe llegue a ser realidad. Está claro, con todo, que el BIP ya no podría ser lo que ha sido hasta ahora si de verdad se creara un banco central europeo. Quien sabe si, en tal caso, la perestroika habría avanzado lo suficiente para atraer hacia el BIP a los bancos centrales de los países del Este europeo.

Viaje hacia lo desconocido

Con este título publica "Financial Times" el siguiente editorial.

El último "Economic Outlook" de la OCDE ofrece una mezcla intrigante de satisfacción y de perplejidad. La satisfacción es por los resultados recientes de las economías de los países industriales. La perplejidad es fruto de los interrogantes existentes sobre cómo funciona la economía mundial en la presente fase y, por consiguiente, sobre las posibilidades realmente existentes de que dichos resultados persistan.

"La presente fase expansiva ha durado ya siete años, y en 1988 el aumento del producto nacional de la OCDE fué de más del 4 por cien. La productividad, en general, ha mejorado. La tasa de desempleo ha bajado al 7%, es decir, al nivel de 1981. Los países de la OCDE deberían aprovechar estas conquistas -fruto de las políticas económicas llevadas a cabo en esta década y de la mayor cooperación internacional- para conseguir un crecimiento sostenido, con poca inflación, en los próximos años".

Estos comentarios coinciden en buena parte con los de los recientes informes del FMI y del BIP. En su cualidad de precavidos burócratas internacionales, los autores de estos análisis advierten sobre los riesgos inflacionistas, los desequilibrios mundiales y la deuda del Tercer Mundo. Ahora bien, lo cierto es que en el fondo de ellos se nota una confianza en que los avances de los 80 podrían ser mucho más que una mera recuperación. Podría tratarse, en efecto, del principio de una larga etapa de crecimiento sostenido similar a la anterior a 1973.

Dos nubarrones

Lo que ha ocurrido es verdaderamente estimulante. El crecimiento se espera que siga siendo del 3'25 por ciento en el área de la OCDE en 1989, después de haber sido del 4'1% en

1988. Y si bien la productividad subió en un 2'25 por ciento el año pasado -bien por encima de la media de los años anteriores- el empleo total aumentó también el 1'8 por ciento.

Pero existen dos nubarrones en este brillante firmamento: la inflación, que ha subido alrededor de un punto porcentual respecto al año pasado, y la persistencia de los desequilibrios exteriores. "Estos desequilibrios tendieron a disminuir en el curso de 1987 y principios de 1988, pero la corrección fué mucho más lenta en la segunda mitad del año pasado".

Es ahí donde surge la perplejidad, originada sobre todo por la ignorancia sobre los efectos de la liberalización de los mercados financieros mundiales. Nadie sabe qué cambios son necesarios en materia de política monetaria ni, por consiguiente, si lo que se ha hecho hasta ahora es excesivo, o insuficiente, o justo lo necesario.

Los déficits globales

Esto es precisamente lo que ocurre también con la corrección de los "desequilibrios" internacionales. Aunque son fáciles de ver los peligros que encierra la acumulación de deuda por parte de países como Estados Unidos, nadie sabe cual ha de ser la situación óptima y regular en este campo. Ni siquiera aparece con claridad qué tipo de cambios producirían los efectos deseados en las posiciones exteriores de los grandes países. Particularmente interesante en este contexto es un análisis de los efectos a medio plazo de la contracción fiscal. Según el estudio, la vía fiscal hacia unos menores excedentes corrientes en Japón y en Alemania no es un mayor gasto público, sino un gasto menor (a causa del efecto indirecto de un gasto menor en la inversión privada).

Por consiguiente, la economía de los países de la OCDE deambula en "terra incognita", con un mapa anticuado. Los guías creen que andamos en la dirección correcta, pero no lo sabrán con certeza hasta el momento de la llegada.

Dadas estas incertidumbres, está claro que las economías

deben mantenerse en la situación más flexible posible. Por lo tanto, el énfasis puesto en la necesidad de liberalizar la economía y de proceder a reformas estructurales es del todo acertado. La reforma económica ha sido una de las razones que explican por qué el transcurrir de los años 80 haya sido tan placentero para los países de la OCDE. La flexibilidad, que tan buenos resultados ha dado en los últimos tiempos, será más necesaria aún en adelante.

El medio ambiente y el PNB

Con el título "West Germany to Incorporate Environment in GNP Figure", Richard E. Smith publica el siguiente comentario en el "Herald".

Cediendo a la creciente presión de su movimiento verde y de otros grupos, la Alemania Federal se ha convertido en el primer país que ha anunciado la próxima inclusión de los costes de conservación del medio ambiente en sus estadísticas nacionales.

Con este fin, los estadísticos trabajarán por obtener no sólo una, sino dos cifras distintas del producto nacional bruto. Una de estas cifras seguiría siendo la tradicional relativa al total de los bienes y servicios, mientras que la segunda sería corregida con vistas a ofrecer los costes de utilizar y de abusar del medio ambiente.

El proyecto alemán -un ambicioso programa que, sin embargo, no es probable que produzca un PNB verde regular hasta mediados de la próxima década, como mínimo- empieza a ver la luz en un momento en que no pocos países se preguntan si el PNB clásico refleja adecuadamente la realidad económica en una era de lluvia ácida, de bosques enfermos y de efectos invernadero.

Varios países, y en especial Francia y Noruega, han desarrollado programas para conocer datos estadísticos sobre recursos naturales tales como el volumen de los stocks de pescado o de las masas forestales.

Alemania piensa ir más lejos al intentar valorar tales recursos y los daños que estos sufren como resultado de la acción humana. "Sería una innovación del mayor interés si un país hiciera esto sobre una base amplia", ha dicho un experto en medición de recursos del World Resources Institute de Washington.

"Hemos estado pidiendo esto durante varios años y, por fin, parece que podremos dejar de oír sandeces como la que

pretende que la utilización del medio ambiente no supone coste alguno". Así se expresa Christa Vennegerts, una representante verde del parlamento alemán.

Lo cierto es que el gobierno había estado considerando tal proyecto desde hacía tiempo, pero la Oficina Federal de Estadística no lo hizo público oficialmente más que muy recientemente. Tal organismo espera poder publicar una primera aproximación sobre la situación del medio ambiente dentro de dos años, como primer paso hacia el cálculo de un PNB alternativo.

"Queremos obtener estadísticas que puedan ser utilizadas y que sean políticamente relevantes", señala H. Lutzel, jefe de la Oficina de Estadística de Wiesbaden que llevará a cabo el proyecto. "La diferencia entre las cifras alternativas y las ahora existentes puede mostrar a los políticos y al público, en términos monetarios, cuánto se han alejado de un desarrollo económico perdurable".

Mientras tanto, los problemas metodológicos que han de acompañar esta tarea son enormes. Los investigadores señalan que se mueven en un terreno desconocido. Existe una multitud de disciplinas y cada una tiene su lenguaje y su contexto propios. Algunas son muy conocidas y otras ignoradas. Las lagunas de conocimiento son muy grandes.

Los expertos se refieren a lo difícilísimo que ha de ser la asignación de un valor a los recursos existentes, así como a las medidas que se tomen para su protección, y no digamos los problemas que han de existir para calcular lo que costaría restaurar el medio ambiente o compensar a los que sufren como consecuencia de su deterioro.

Estos trabajos, con todo, han conducido ya a algunos investigadores alemanes a áreas tales como la contaminación del ruido ("noise pollution"), la contaminación estética e incluso a la contaminación olfática ("smell pollution").

¿Debería, v.g., el PNB reflejar la disminución del valor de su casa resultante de la instalación de un aeropuerto ruidoso en las proximidades de la misma, o de un rascacielos, o

de un maloliente depósito de productos químicos? La comparación de los precios de las propiedades inmobiliarias muestran grandes oscilaciones como consecuencia de la aparición de circunstancias como las citadas, según hace observar W. Schulz, un asesor científico de la Oficina Federal del Medio Ambiente de Berlín occidental. El mismo Schulz hace notar que un litro de gasolina cuesta aproximadamente un DM, pero que según algunos estudios debería valer 5 DM para pagar los efectos del ruido y de la contaminación atmosférica que produce, a parte del coste de los accidentes.

En el mismo sentido, los investigadores se preguntan si los que viven cerca de los aeropuertos no deberían recibir ayuda financiera para pagar, por ejemplo, unas dobles ventanas. "A las compañías aéreas les sale todo muy barato", señala Schulz.

Europa a pesar de Thatcher

(Con este título publica "The Washington Post" el siguiente editorial, que recoge el "Herald").

Grandes cosas están a punto de ocurrir en Europa, a medida que ésta avanza desde el presente mercado común hacia una unión más estrecha. Y tales cosas ocurrirán tanto si Margaret Thatcher las aprueba como si no.

La primer ministro Thatcher demostró en la cumbre comunitaria celebrada la semana pasada en Madrid que Gran Bretaña puede ralentizar un poco el proceso, pero los otros once países demostraron que tal ralentización no puede ser importante. En Europa, la Comunidad es algo así como el Metro de Washington en la política local: un gran éxito y ya parte de la vida de la gente, que obliga a los políticos, casi sin distinción de ideología o de partido, a defenderlo si quieren sobrevivir a las elecciones. Esto es lo que le fué recordado a la Sra. Thatcher cuando su partido conservador sufrió una impresionante derrota el pasado mes en las elecciones al Parlamento Europeo.

Los otros 11 países están siguiendo un plan que va mucho más allá de 1992 y de la abolición de los controles fronterizos internos. El objetivo es ahora la unión económica y monetaria, con una sola moneda para los 12 países y con un banco central supranacional encargado de administrarla.

Mediante una fórmula de compromiso, la Sra. Thatcher aceptó la primera etapa del plan, esto es, una mayor cooperación en materia de política monetaria. Pero se fué de Madrid subrayando que no se había obligado a ir más lejos. Los otros gobiernos, por su parte, estuvieron de acuerdo en aplazar la próxima decisión para dar tiempo a que Gran Bretaña medite sobre lo que realmente quiere.

La posición de la Sra. Thatcher es que nunca, nunca podrá

aceptar una cesión de soberanía en materia económica. Ahora bien, lo cierto es que ninguna economía industrial moderna dispone de la soberanía que ella pretende tener. Todas están vinculadas a una red mundial que limita considerablemente su independencia respectiva. Otros países europeos han llegado a aceptar la idea de un banco central supranacional pensando que de hecho ya tienen uno. El Bundesbank alemán, en efecto, domina la política monetaria de Europa, por lo que los otros países han llegado a la conclusión de que un banco central común les daría por lo menos la oportunidad de hacer oír su voz.

Una generación atrás fueron Charles De Gaulle y los franceses los grandes defensores de la soberanía nacional dentro de la Comunidad y los que, por cierto, obstaculizaron la entrada de Gran Bretaña en la misma durante varios años. Ahora los franceses presiden la marcha hacia la unión y los británicos se resisten en nombre de la soberanía. Pero no es probable que la Sra. Thatcher mantenga su intransigencia. Entre otras razones, esta actitud del Reino Unido hacia la nueva Europa es un error que podría poner fin a la larga y productiva carrera de aquella al frente del gobierno británico.

Francia: las grandes empresas son pequeñas

("Le Monde")

Las grandes empresas francesas tienen aún una dimensión insuficiente en relación con sus competidoras extranjeras, y reciben relativamente menos ayuda que estas por parte del Estado en materia de investigación y desarrollo. Estas son las dos grandes conclusiones de un estudio encargado por el Ministerio de Industria a la firma norteamericana Bain & Co. y en el que se han tomado en consideración las 300 mayores empresas francesas con exclusión de las 20 primeras.

Los volúmenes de negocio de tales empresas oscilan entre 1 y 35 mil millones de francos, con una media de 5,7 m.m. Esas 300 empresas representan el 28% del valor añadido industrial de Francia y el 50% de las exportaciones. La cosa, por consiguiente, es importante.

Las 300 firmas han "contribuido de forma notable a la reactivación de la industria francesa", constata el gabinete Bain, el cual añade: "Sin embargo, estas empresas, a pesar de su confianza en el futuro, siguen siendo estructuralmente frágiles y subdimensionadas". La insuficiencia de la dimensión se estima que se sitúa entre el 35 y el 40 por ciento en relación con sus homólogas británicas o alemanas.

Si bien su solidaridad es superior a la de otras empresas francesas (su capacidad de autofinanciamiento, con el 10% de la cifra de negocios, es superior en un 50% a la media francesa), la verdad es que las 300 sufren de un endeudamiento todavía elevado, puesto que su deuda alcanza a veces el 100% de sus fondos propios. El 40% de las mismas no se cotiza en bolsa.

A pesar de ello, tales firmas prevén acelerar su ritmo de crecimiento del 9,6% anual en el período 1985-1988 a más del 11% de aquí a 1992, consolidando su base europea y expandiéndose hacia los países más desarrollados de Asia.

Con un talante ofensivo, dichas empresas saben que aumentará la competencia, y el 45% de las mismas presiente que

perderán "las últimas protecciones" y que deberán incorporarse al 27% de ellas que se encuentran ya "en alta mar".

Distantes en sus relaciones con el Estado y escépticas por lo que se refiere a la capacidad tutora de este, las 300 esperan menos de las ayudas directas y más de una mejora de la fiscalidad (las cargas sociales y los impuestos profesionales suponen aún una hipoteca) y del "medio ambiente". Este es particularmente el caso por lo que se refiere a la investigación pública. El 72% de las firmas cree que los organismos del Estado no les son útiles, aunque más de la mitad de ellas confiesan que no conocen bien la labor de los mismos. Haría falta definir unos nuevos lazos que tuvieran en cuenta en primer término las necesidades de las empresas en la financiación de los laboratorios del Estado. Una mejor colaboración público-privada sería más útil, a juicio de las empresas, que los grandes programas, los cuales, por lo demás, quedan limitados a las grandes firmas y apenas aprovechan a las empresas tecnológicas innovadoras.

Las 300 se lamentan igualmente de la inercia del sistema bancario y de los tipos de interés excesivamente elevados, al tiempo que señalan la gran inadecuación que se da entre la enseñanza superior y las necesidades de las empresas. El sistema educativo "favorece a los talentos analíticos y al éxito individual en detrimento del trabajo en equipo y de la formación de líderes". En conjunto, casi la mitad de las firmas se muestran insatisfechas de la calidad de los nuevos operarios, mientras que un tercio de ellas encuentra dificultades en la contratación de ingenieros de desarrollo, de especialistas en informática y de obreros muy cualificados.

¿No bastaría el Sistema Monetario Europeo?

(Samuel Brittan, en "Financial Times")

La manera más simple de definir una unión monetaria es decir que se trata de una área con tipos de cambio permanentemente fijos en la que no existen controles de cambios u otros obstáculos que se opongan a los movimientos de capital y a la libre circulación de las monedas.

Si las palabras tienen algún significado, esto es lo mínimo a lo que se han obligado los líderes reunidos en Madrid. Por encima del gran debate sobre "quien ha ganado" o "quien ha perdido", lo más probable es que ahora el proceso se vaya acelerando, como ha ocurrido en otras fases de la historia de la Comunidad.

El compromiso sobre la unión monetaria es una buena noticia en la medida en que quede claro que esto no supone necesariamente que se ha de aceptar la posición Delors con su pretensión de crear un banco central federal y de armonizar las políticas fiscales y regionales. El gran argumento en favor de una unión monetaria, de la forma en que esta queda definida más arriba, es que mientras continúen las alteraciones de los tipos de cambio las empresas no podrán ser indiferentes al origen geográfico de sus productos o a la distribución de sus mercados. Europa no podrá ser un mercado único, en efecto, mientras persistan las incertidumbres cambiarias.

Vista de esta forma, la unión monetaria no requiere obligatoriamente una moneda común, como no necesita más de unos Estados Unidos de Europa de lo que el patrón oro o Bretton Woods necesitaron de unos Estados Unidos del mundo occidental.

El actual Sistema Monetario Europeo, basado en el áncora anti-inflacionista del DM, será la base de la primera etapa del calendario acordado en Madrid, que debe empezar el 1 de Julio de 1990. En esta fecha los controles de cambios y las limitaciones a los movimientos de capital habrán desaparecido en los principales países, y durante la etapa primera todos los

países comunitarios se habrán incorporado al mecanismo de cambios y habrán aproximado sus tasas de inflación y sus resultados económicos globales.

Si se respeta el informe Delors, la fase número dos será sólo una transición hacia la vital fase tres, en la que aparecerá una especie de banco central federal y, finalmente, una moneda única. Los jefes de gobierno no se obligaron respecto al detalle del informe Delors, pero sí decidieron celebrar una bien preparada conferencia monetaria en la que se considerarían las siguientes fases y que se reuniría una vez empezada la fase primera. Tal conferencia requeriría la unanimidad sobre cualquier decisión que supusiera enmendar el Tratado de Roma. Por consiguiente, la cumbre de Madrid por lo menos ha aplazado el espectro de una Europa de dos velocidades.

Los lectores que detectan un mayor entusiasmo por mi parte en favor del SME -que constituye lo esencial de la fase primera- y no por la visión Delors de la UME, están plenamente acertados. El SME tiene un soporte anti-inflacionista más sólido al constituir una zona DM. El Sistema, además, requiere una burocracia y unas instituciones mínimas. Finalmente, es difícil de utilizar para fines tales como la armonización presupuestaria y las políticas regionales.

Sería del todo indeseable que se tratara de pasar por encima del SME antes de que se pueda tener una confianza absoluta en que cualquier institución nueva se sentirá tan comprometida con la estabilidad de los precios como es el caso del Bundesbank -que marca el ritmo del SME- y que será tan independiente -relativamente- como éste frente a las presiones políticas.

Más aún. Un SME reforzado, en el que los cambios de paridad habrán llegado a ser sumamente raros, ofrecería muchas de las ventajas de una unión monetaria sin los acompañamientos "dirigistas" del proyecto Delors.

Una moneda común podría incluso surgir del SME a través de un proceso evolutivo. Una vez se acepte que las variaciones de las paridades son cosa del pasado, las monedas serán

progresivamente aceptadas a través de las fronteras como lo son ya en las áreas fronterizas. A la larga, la diferencia entre una moneda europea y otra podría ser similar a la que existe entre los billetes de banco ingleses y escoceses. Los diferentes nombres nacionales pueden ser cambiados cuando la opinión pública esté preparada para ello, y un banco central común puede ser creado cuando surja la necesidad del mismo, si surge.

Resumiendo, hubiera sido mejor que todas las partes, en Madrid, se hubieran concentrado un poco más en los problemas del SME en la fase primera que en lo que el presidente Mitterrand se complació en llamar argumentos ideológicos de las fases dos y tres.
